



Antes la gente iba al Palacio Arzobispal con un abogado para presentar los papeles de un matrimonio rato y no consumado, o con un tío canónigo lectoral para comunicar a su eminencia que, movido por la vocación, uno tenía humildemente la intención de ingresar por el bien de las almas en el seminario conciliar metropolitano. Pero la Iglesia parece como si hubiera cogido un Seat 132 y está recorriendo los largos caminos de la reciente historia española con una rapidez y una comodidad que da gloria verlas. Porque ahora la gente va a los palacios arzobispaes no para sacar la papela en la vicaría o para besar la sagrada amatista del anillo del señor obispo, sino para cosas muy contrarias. Entre otras cosas, porque los señores obispos ya no son amigos de las amatistas, sino de las cayadas de pastor y los sombreros de palmas, como ese que es íntimo amigo del cura González Ruiz y anda por el Brasil más o menos.

ENCIERROS

Y en vista de que los obispos se han disfrazado de hippies de Ibiza, o al menos se han vuelto progres, pues la gente ha dicho "esta es la mía", y allí que los tienen, que se encierran en el Palacio Arzobispal a las primeras de cambio. Antes, los palacios arzobispaes españoles estaban llenos de secretarios diocesanos de Acción Católica, de adoradores nocturnos, de escribanos de la curia, de deanes de los cabildos metropolitanos. Ahora, de curas sin sotana que ejercen en parroquias obreras que parecen y que a lo mejor son garajes, de enlaces sindicales, de presidentes de las Uniones de Trabajadores y Técnicos, de lectores de "Cuadernos", de contribuyentes del impuesto sobre los rendimientos del trabajo personal.

Tendremos que volver a las hospederías de las catedrales, cuando

en el terror del milenio los cristianos iban de un lado para otro, mayormente para quitarse el miedo. Tendremos que inventar de nuevo los botafumeiros en su más estricta concepción; porque no creo que huelga precisamente a aromas celestiales un salón arzobispal ocupado durante setenta y dos horas por un grupo de despedidos del Sindicato del Metal. Tendremos que dar marcha atrás a la Desamortización, porque los Arzobispados deben tener sus rentas, para pagar la factura del agua, y la de la luz, y la del teléfono. Nunca se sabe cuánta agua gastan unos encerrados para enfriarse los hervores de clase, cuánta luz consumen en las asambleas nocturnas, cuántos pasos da el contador del teléfono cuando se llama a un señor determinado para lamentarse de que, mire usted, que todavía siguen encerrados.

O volver a lo que propone un amigo mío, lector de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Al encierro del encierro.

—¿Que se quieren encerrar en el Palacio Arzobispal, no? —dice el hombre—. Bueno, pues que se encierran. No tengo el menor inconveniente. Ahora, que si ellos se encierran tres días, yo, como en la redención de penas por el trabajo, los tengo después encerrados seis más, dos días de contraencierro por cada día de encierro.

—¿Y dónde? —le pregunté, temiendo cajas de los truenos.

—¡Pues dónde va a ser! —me respondió—. En el Palacio Arzobispal. ¡Hombre, si te parece no los vamos a llevar al Palace...!

Así que ya me explico por qué muchos arzobispos andan diciendo que por ellos vendían el palacio. Y no precisamente por la tabarra que les dan los curas progres para que se metan en un piso sindical, como todo hijo de vecino. ■ BURGOS.

